

José M.^a García López

PASOLINI

O

LA NOCHE DE LAS LUCIÉRNAGAS

 NOCTURNA
EDICIONES

© de la obra: José M.^a García López, 2015

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: marzo de 2015

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA
ISBN: 978-84-942862-3-0
Depósito Legal: M-4544-2015

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Verrà la morte e avrà i tuoi occhi,
questa morte che ci accompagna
dal mattino alla sera, insonne,
sorda, come un vecchio rimorso
o un vizio assurdo.*

CESARE PAVESE

MAMMA ROMA

A las cinco de la madrugada del 28 de enero de 1950, un hombre joven que lleva una pequeña maleta y una mujer de alrededor de sesenta años rebasan con sigilo las afueras de Casarsa della Delizia y caminan por la carretera hacia la estación con el propósito de tomar el primer tren con destino a Roma. El hombre es Pier Paolo Pasolini y la mujer, su madre, Susanna Colussi, los cuales huyen de diversas desgracias friulanas, de las que no es la menor la influencia del padre del fugitivo, Carlo Alberto, antiguo fascista, ex cautivo en Kenia y ahora militar retirado.

El frío es un cristal sobre la nieve que cubre la llanura, y la escena remite a otras tan clandestinas y universales, tan liberadoras o angustiosas, con alguna variante significativa o anecdótica en los personajes. Tal vez Pier Paolo conoce la historia de Antonio Machado y su madre, Ana Ruiz, cruzando, once años atrás, la frontera de España con Francia entre otros republicanos vencidos en la Guerra Civil que desencadenó la sublevación del general Franco. O tal vez no la conoce y no la puede recordar ni comparar. Probablemente Susanna sí recuerda tiempos más felices junto a Carlo Alberto, su prolongado noviazgo, los días anteriores a la muerte de su otro hijo, Guido, partisano asesinado paradójicamente por comunistas garibaldinos partidarios de Tito, y espera redimir en parte en la capital italiana esa cadena de sufrimientos junto a su devoto Pier Paolo.

Ya hace mucho que el poeta y profesor destituido, corruptor de menores a lo Sócrates o Platón según acusaciones recientes, expulsado por eso del Partido Comunista y bestia negra, incipiente y recíproca, de la Democracia Cristiana, lleva junto a él, como la referencia inseparable de su madre, la otra perspectiva de la sombra de su conciencia, el doble metamórfico que representan sus contradicciones, su dialéctica humanidad. Pasolini querría salvar a Susanna, aunque no esté tan seguro de querer salvarse él. No teme el escándalo tanto como a su imprecisión íntima. No teme a la moral provinciana tanto como a la pasión destructiva de su padre, como a la hipocresía vivida ciegamente, la adopción de disfraces espirituales y odios derivados de impotencias o debilidades.

El tren tarda más de cinco horas en llegar a Bolonia, ciudad en la que nació Pier Paolo y en la que pasó el primer año de su vida. De esa época cree recordar un patio en tinieblas y la enorme cama de su abuela en una alcoba de madera. Hoy repasa esos recuerdos, quizá muy reconstruidos, y repasa otras imágenes posteriores de naturaleza semejante, las desdibujadas de Parma y las más coherentes de Belluno, el nacimiento de su hermano Guido cuando él tenía tres años, las informaciones dispares y desconcertantes de aquellos días acerca de si los niños nacían del cielo o del vientre de sus madres. Mira por la ventanilla las nubes que ocultan el sol e inicia una mueca que no llega a ser una sonrisa, al paso que el tren atraviesa una zona de arrabales vetustos, unos campos plagados de desguaces y ruinas. Mientras, dejan atrás las torres y cúpulas grisáceas, los tejados y cables negruzcos interpuestos entre el viajero y el cielo.

—¿De qué te ríes? —dice Susanna.

—De ver lo sería que vas tú.

—No voy seria; estoy contenta de haber dado este paso.

—Espero que no te arrepientas.

—Aunque salga mal, no me arrepentiré.

—Y por qué habría de salir mal. De momento lo que hace falta es que yo encuentre un trabajo. Me reía de que, cuando nació Guido y lo vi en su cuna en la cocina de la casa de Belluno, yo creí que había sido el primero en descubrirlo.

—Pobre Guido, pobre hijo mío. Qué manera más injusta de morir... Por ser bueno, e idealista.

—Sí, como tú. Por ser valiente y cándido. Debes seguir procurando no atormentarte... Me reía, además, de mis recuerdos de Bologna y Parma. Pienso que muchos olvidan esos primeros recuerdos de la infancia porque pronto empiezan a no creer en ellos. Al borrarlos por escepticismo, se borran en gran parte ellos mismos. Hay que retener esos recuerdos tan remotos.

—Yo te habré contado lo que tú crees recordar.

—Eso también, pero no quiere decir que mis imágenes sean falsas. Son verdaderas. Y muy significativas.

—Tú lo encuentras todo significativo. Buscas demasiado.

—No, no es demasiado. Busco a partir de indicios. Mis indicios son reales, por más que no estén muy conectados entre sí. Yo debo revelar estos indicios, llenar mis lagunas, restablecer las conexiones.

—Me acuerdo de eso que escribiste: «mi madre se peina ante el espejo / con un gesto tan antiguo como tu luz / y piensa en aquel hijo ya sin vida».

—Vuelta a lo de siempre. Qué tiene que ver con lo que estábamos diciendo.

—Tú, que sabes tantas cosas, lo sabrás. No yo.

—Sé que Guido es y será para mí un principio terrible, de modo parecido a como lo es para ti. Un hilo conductor. O un sentimiento

que lo impregna todo. Pero ahora debemos pensar en Roma. Somos nosotros quienes tenemos que sobrevivir.

—Es raro: esta conversación me ha dado sueño. Me gustaría apoyar en ti mi cabeza y dormir hasta el final.

—Entonces, duerme; y yo trataré de hacer lo mismo. El sol, por el momento, no va a dejarse ver.

Prosigue el tren su viaje al sur (Florencia, Arezzo, Chiusi, Orvieto, Orte, Roma, con otras estaciones intermedias,) y Pier Paolo no concilia el sueño a pesar de que la noche anterior no ha dormido. En una confusión enfermiza y lúcida supone las reacciones de su padre cuando haya comprobado la desaparición del hijo y la esposa y piensa en sus opciones laborales en la capital y en la delicadeza de Susanna rendida a su lado. Siente una renovada emoción al soportar en su pecho la cabeza confiada de esa persona incomparable que es su madre, la energía que le comunica y el peso anticipado de una gran responsabilidad que es más bien un destino.

Pier Paolo se adormece por fin poco antes de que el tren se detenga en Orvieto. En su ensoñación algunos pasajeros hablan en dialecto friulano y los sonidos de sus voces no parecen llegar a través de los tímpanos, sino que resultan ecos de seres muertos, evanescencias que se esfuman por los horizontes del pasado. Hablan de un tal Andrea, como si ese chico, porque sería un muchacho muy joven, tuviese algún protagonismo secreto, como si en sus actos viviera escondido un misterio amenazador, pero a la vez gozoso. Los que lo acompañan, lo eluden o lo buscan, pasan del territorio de los sonidos amortiguados al campo que desciende hacia el cauce de un río, que será el Tagliamento, andan entre los arbustos de los taludes y se dispersan por las arenas de más abajo.

Andrea surge frente al proscrito y Susanna se diluye en su pecho, se queda sentada bajo un sauce o simplemente desaparece. El chico misterioso también se desdibuja y vuelve a configurarse más lejano. Se mueve entre unos troncos y su imagen se perfila nítida, los bellos ojos muy claros entornados ante el contemplador. Pier Paolo ve sus piernas desnudas correr por el borde de una hilera de árboles, ve con detalle los tendones de las corvas, sus fuertes estiramientos y la vibración de sus oquedades. Le atenaza una excitación que tiene un matiz humillante, una fascinada perplejidad. Esa zona libera al hombre de sus cadenas morales, corresponde a un nirvana donde sus proyecciones son inútiles y donde no se atisban huellas de luchas ni sacrificios.

De pronto, Andrea yergue la cabeza frente a Pier Paolo y lo mira como seguramente no ha mirado a nadie. Hay una seriedad interior en el chico y una especie de consternación o tenebroso interés. Sale del ensueño y sus contornos se desintegran, al tiempo que el fugitivo sostiene el cuerpo vencido de su madre y lo reacomoda sobre su regazo. Las calles de Casarsa y las de algunos lugares cercanos se materializan en la mente de Pier Paolo con luces idílicas que ya serán irrecuperables. Los paseos en bicicleta y las ambiguas fiestas populares. El hombre parpadea, conteniendo un suspiro. Versuta, San Vito, Valvasone, Fiume Veneto, Ramuscello... son los nombres inaugurales de la alegría, los agujijones de la brutalidad y la desilusión. En sus ramas brotaron los poemas primarios que provenían de las antiguas fonéticas de la tierra, los deslumbramientos del sexo y el corazón, las percepciones físicas de la injusticia y la ignorancia, las inocencias aceptadas, la inclemente naturalidad.

Susanna despierta y torna a adormecerse. En el último tercio del viaje se incorpora por segunda vez y, a la altura de Orte, se dispone a

salir del compartimento seguida por su hijo. La acompaña de nuevo al lavabo y, cuando ella sale, entra él. Luego retroceden ambos por el pasillo bamboleante y se paran ante una ventanilla, mirando hacia el Oeste para ver el serpear del Tíber cruzado por la vía férrea. Vuelven a sus asientos, notando que el frío ha disminuido, y los dos pasajeros toman con no demasiado apetito una ligera merienda, consistente en las sobras del almuerzo, que la mujer ha tenido la previsión de traer. Algunos de los demás viajeros que llevan junto a ellos horas de viaje ya han hecho o están haciendo lo propio y unos y otros intercambian las cortesías de la ocasión. Pasolini oye hablar a las gentes del norte y confronta sus palabras y sus entonaciones con las de los viajeros que han ido subiendo al tren en las últimas estaciones. Escucha los silencios elocuentes y las cadencias, la pronunciación musical y las inflexiones tradicionales, las adopciones afectadas que traducen la pretenciosidad o la mentira. Aísla y recalca alguna de esas voces y le superpone su discurso, su búsqueda de sentido y vitalidad. Andrea reaparece en tal recogimiento y pregunta:

—¿Qué pasa?

—No sé, dímelo tú —contesta Pasolini.

—Me has mirado con una atención que ignoro a qué se pueda deber. Como si hubieras descubierto algo dentro de mí, o no sé si detrás de mí.

—Ahora estamos solos y podemos ser sinceros. Lo que he visto no ha sido otra cosa que la muerte. No la tuya, desde luego, sino la mía. O creo que es la mía.

—Una visión algo extraña en la relación que se quiera. Alguien diría siniestra.

—La muerte no es extraña, evidentemente, ni tiene por qué ser siniestra. De momento ha sido un relámpago. Pero, al empezar tú a hablar, ha desaparecido.

—De todos modos, nosotros ya nos conocemos.

—Por supuesto que nos conocemos. Casarsa, Bolonia, Cordovado...

—No me refiero a esos lugares ni a otros en concreto que se pudieran nombrar.

—Entonces te referes a lo que te estaba diciendo: al plano de la muerte vista bajo la máscara de tus ojos.

—Yo no mataría a nadie, y menos que a nadie a ti.

—Lo sé; la muerte se me ha aparecido en tu cara, pero tú eres inocente.

—Y tú no tienes ninguna duda de que yo debo alegrarme por lo que dices...

—Debes alegrarte siempre. Si supiéramos vivir con alegría, además de con dignidad y valor, sabríamos morir igual. De eso se trata, ya que la muerte sucederá de un modo u otro. Y la vida no era seguro que fuera a suceder.

—¿Piensas que la muerte pudiera ser un estímulo? Morir con dignidad y valor sí es concebible. Pero ¿con alegría? Lo harán aquéllos para quienes la vida sea peor que la muerte. Antes del nacimiento no se tiene ninguna experiencia, quiero decir, ninguna experiencia equiparable a la fantástica de la vida. Desde ella es y será duro regresar a ese limbo.

—Nadie aceptaría vivir eternamente. Lo nuestro, vivos o muertos, es la temporalidad. Hay que cumplir esas tres condiciones que he dicho y morir a tiempo. Es lo que antes he visto en tu mirada, una advertencia de mi tiempo. Nada más y nada menos que una advertencia.

El tren llega a la estación Termini de Roma y poco después, con bastante más de medio día de viaje, Pier Paolo y su madre caminan

por el andén hacia la salida entre viajeros algo aturcidos, equipajes y vehículos de circulación interna. Todavía tardarán casi otra hora en verse dentro de la casa del tío Gino Colussi, que los acogerá mientras encuentran un lugar más adecuado e independiente. Las luces urbanas en ese acabamiento de la tarde son amarillentas y desabridas. Difuminan la armonía de los edificios, los palacios y las basílicas, los teatros y las fuentes de la inaprensible o contradictoria ciudad.

Al cabo de algunos días Pasolini vive en un cuarto alquilado en Piazza Costaguti, cerca del Tíber y más aún de la casa en que Susanna ha encontrado trabajo de gobernanta con una familia de arquitectos que tiene un niño. Madre e hijo lo llevan de la mano algunas tardes de la anticipada primavera, paseando por el gueto hebreo, por los jardines aledaños a la colina Capitolina o por los alrededores de la iglesia del Gesù y Santa María sopra Minerva. Pier Paolo recurre al deshonor y la vergüenza, escribe a los amigos friulanos y a su querida Silvana Mauri, escribe desde un destierro espiritual, con una desazón que se resuelve en una resistencia activa. La pobreza y la culpabilidad no impiden los merodeos vespertinos, los encuentros que se producen de manera espontánea, las entregas eróticas sin implicaciones sentimentales ni muchas veces otra clase de pago.

El expulsado del prestigio provincial adquirido y de la convención familiar se lanza como en un papel revulsivo, desquitándose por él y por otro uso de personalidad impostada de la mojigatería y la vulgaridad. Durante el día trabaja de modo frenético, recupera sus viejas carpetas y elige lo que puede corregir, lo que es susceptible de un tratamiento más maduro. Así deja muy atrás las *Poesías de Casar-*

sa, publicadas hace ocho años, sus *Cuadernos rojos*, obviamente inéditos, revisa sus composiciones dialectales y algunas de sus narraciones más o menos biográficas. Tiene varios títulos, que irán eligiendo textos diferentes, a veces desapareciendo o haciéndose un lugar. *Actos impuros* y *Amado mío*, por ejemplo, no los llega a concluir, aunque sí el libro de versos que se llamará *La mejor juventud* y que tendrá que esperar para publicarse.

Pasolini proyecta sus primeras novelas, *Chicos del arroyo* y *Una vida violenta*, mientras va restableciendo las relaciones literarias que ya ha iniciado en anteriores viajes a Roma o epistolarmente y adquiriendo otras que le ayudarán a hacer verosímil su incardinación editorial. Enrico Falqui, Giorgio Bassani, Gianfranco Contini, Carlo Muscetta o Attilio Bertolucci van a ser sus primeros valedores. También Giacinto Spagnoletti y Vittorio Sereni, quienes presentan a Mondadori los poemas italianos de Pasolini, pero el editor no se digna contestar.

Pier Paolo conoce por entonces al poeta bohemio Sandro Penna, dieciséis años mayor y que se autocalifica de pederasta, con quien establecerá una camaradería que durará toda la vida y que incluye desde muy pronto un reconocimiento mutuo, literario y existencial. Los dos recorren las orillas nocturnas del Tíber y en alguna ocasión se alejan hacia otras periferias más marginales y arriesgadas. Buscan el amor rápido, unas veces venal y otras espontáneo, de los chicos jóvenes, los encuentros anónimos de la carne celebrada en sí misma, la belleza de su fugacidad. Sandro es, en contra de Pier Paolo, un exquisito que juega a un cierto aristocratismo de actitud. No se sabe muy bien de qué vive. Compra y vende objetos de arte, publica críticas libres e irregulares, cuida su ajada indumentaria y su pose dan-

di. No busca el éxito ni la notoriedad, pero escribe con una rara transparencia y con una sencillez urbana e idílica.

Un día entran los dos amigos en la iglesia universitaria de Sant'Ivo alla Sapienza y Sandro Penna le muestra a Pasolini las molduras curvilíneas de impecables proporciones que trazara Francesco Borromini, las geometrías triangulares y hexagonales en imbricaciones enigmáticas, la alta cúpula que continúa el dibujo de la planta y que se va estrechando para confluir en la linterna circular. Pier Paolo experimenta en ese espacio ascendente y descendente algo aproximado a una revelación. No se lo dice a Penna porque no quiere ser un eco literario de las explicaciones del bohemio, otra prolongación pedante o inercial, pero a la tarde siguiente vuelve a la iglesia y la rodea un largo rato antes de entrar.

Pasolini admira la obra maestra del Borromini y piensa en otros vagabundeos romanos en los que le había llamado la atención el guiño helicoidal a antiguas mezquitas que por fuera exhibe el remate de la cúpula. Ve el *cortile* magnífico y recibe de un modo físico el dinamismo incesante de las curvas y contracurvas del templo adosado. Por fin penetra en su interior, solitario ese día y a esa hora, y se sienta en un banco no lejos del altar desde donde lo contempla el sabio abogado Ivo de Bretaña, pintado por Pietro da Cortona.

—Pier Paolo Pasolini —dice la figura como en un concepto articulado que se repite sordamente.

—Tú eres Ivo de Bretaña o de Kermartin —responde el visitante en idéntico lenguaje—. Te llamaron «el abogado de los pobres».

—En alguna medida lo fui. Eran quienes más me necesitaban.

—Sería un honor merecer ese nombre. Nosotros dos nos hubiéramos entendido.

—Aún es posible, sobre todo si hablas de ideas. La acción es otra cosa.

—Tú viviste en armonía entre tus ideas y tu vida.

—No lo creas. La gente reconstruye el pasado como quiere o como sabe. El suyo y el ajeno.

—Yo aspiro a ser lo más sincero que pueda, en eso y en todo. Y a ser útil, si no necesario. A transmitir algo, al menos alguna cara de la verdad.

Es difícil hablar desde el siglo xx con un hombre pintado que viviera en el XIII, aunque por otra parte sea lo más fácil del mundo. Las palabras se colocan y recolocan según un conjunto limitado y según unas aptitudes combinatorias no exentas de producir sorpresas, de provocar estridencias o incorrecciones en la forma a la vez que innovaciones en el significado. Si Pasolini se pone a hablar con san Ivo, con Andrea o con su madre, no sabe de antemano, y sí sabe, lo que ellos van a decir, de modo paralelo a como ellos saben y no saben lo que va a decir o pensar Pasolini. El santo que da nombre a la iglesia romana responde a su interlocutor, repitiendo:

—«Alguna cara de la verdad». Dije eso en uno de mis procesos y me arrepentí de haberlo dicho. Debería haber hablado de la verdad, que es lo que importa. No de una cara de ella, que no sería nada.

—Sí, sería entrar en una discusión escolástica. Es lógico. Pero yo soy realista.

—Ser realista es sufrir.

—No digo que no. Sufrir es propio de los hombres.

—El sufrimiento quedará compensado. Y cesará.

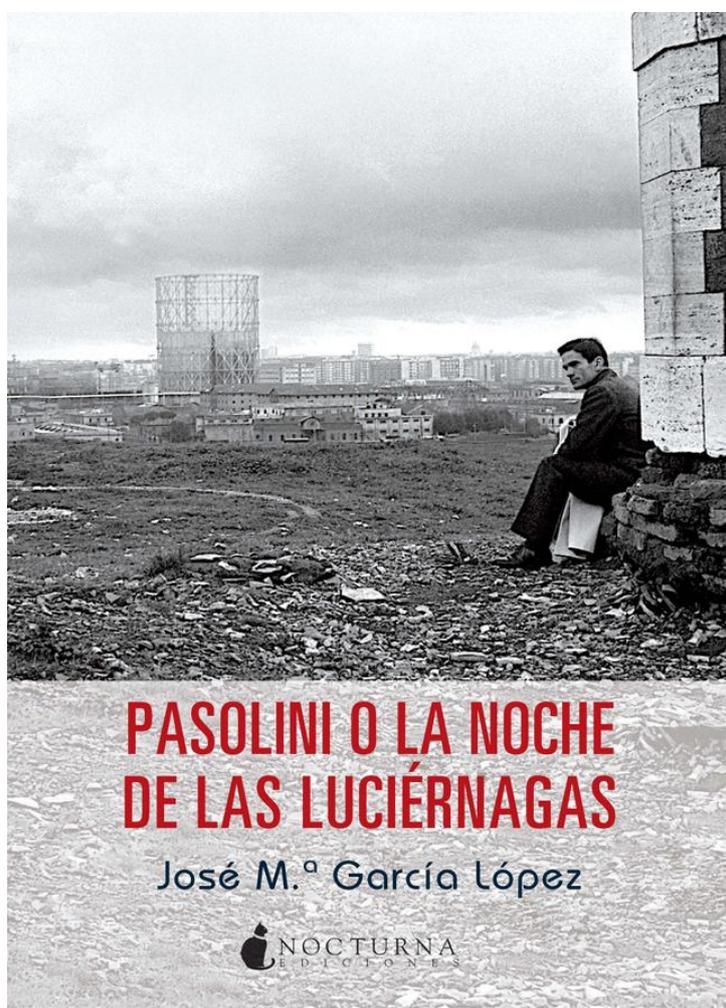
—Ya; pero ¿cómo situar aquí, en este mundo, el sufrimiento causado por la injusticia?

SIGUE LEYENDO

A la venta: **16-03-2015**

PASOLINI O LA NOCHE DE LAS LUCIÉRNAGAS

José M.^a García López



ISBN: 978-84-942862-3-0. **PVP:** 17,50 €

 **NOCTURNA**
E D I C I O N E S

www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)
Distribución en Latinoamérica: Azteca (www.aztecadifusoradelibros.es)